



PROPUESTA PARA ELEVAR AL ÁMBITO DE LOS 300 KM LA DISTANCIA MÍNIMA EXIGIDA PARA LA ENTREGA DE LA COMPOSTELA

LA GÉNESIS DEL CAMINO

Desde su inicio, la compostelana nunca ha sido concebida como una peregrinación de ámbito reducido. No surgió como un santuario local o comarcal que, poco a poco amplía su fama y ascendencia gracias a milagros y promoción, sino al contrario, nació con vocación internacional por ser meta en la que se venera un sepulcro apostólico reconocido, el de Santiago el Mayor, y por haber sabido reunir en su mensaje no sólo el cristiano, sino todo el simbolismo de cultos y prácticas anteriores, entre ellas, por lo que se deduce de las leyendas que justifican la Traslación, acaso alguna peregrinación al Finisterre de raigambre céltica o incluso ciertos cultos y prácticas aún anteriores.

Tras la peregrinación política de Alfonso II el Casto, rey de Asturias y Galicia, tras el redescubrimiento o “inventio” del sepulcro entre 820 y 830, pronto van apareciendo, ya documentados, los primeros peregrinos ultrapirenaicos desde Alemania y Francia (s. X), aunque desconocemos el itinerario que siguieron.

A partir del s. XI, con la apertura del Camino Francés por la meseta, el Camino ya está consolidado como una ruta de larga distancia procedente de Europa, dotado de una red centros de acogida para los peregrinos, y la peregrinación jacobea se ha convertido, junto con Jerusalén y Roma, en una de las tres grandes clásicas de la Cristiandad, superando a aquellas por su valor simbólico, ya que la meta se encuentra en el Fin del Mundo conocido, en el extremo occidental, al que se llega tras una larga marcha en el sentido del sol, y al anochecer guiada por la Vía Láctea. La fijación definitiva de la leyenda jacobea, a través de la Historia Compostelana gelmiriana y, sobre todo, en el Códice Calixtino, ratifica la dimensión universal de este peregrinaje, también a través de la crónica conocida como *Historia Caroli Magni et Rotholandi* o Pseudo Turpin, que relata la gesta de Carlomagno para abrir el itinerario, guiado por un manto de estrellas, que concluye en Compostela y el océano.

La misma tónica se mantiene en la Baja Edad Media, y pese al quebranto que supone la Reforma, a la que se opone una Contrarreforma que entiende la peregrinación con un nuevo sentido, reforzando el dogma católico y la profesión de fe confesional, el Camino de Santiago no pierde su carácter internacional.



DECLIVE Y RENACIMIENTO DE LA PEREGRINACIÓN

Tan sólo cuando el liberalismo triunfa, y cuando los nuevos medios de comunicación, y la idea arrolladora del progreso, convierten los desplazamientos a pie en algo anacrónico y carente de sentido, reservado a vagabundos y mendigos, la peregrinación a Compostela parece extinguirse. Es entonces cuando arzobispos como Payá y Rico o Martín de Herrera, tras el redescubrimiento probatorio de las reliquias del apóstol y en un proceso paralelo al de otros santuarios cristianos, que procuran estimular las manifestaciones públicas religiosas y devocionales, intentan revitalizar la peregrinación con sus escasos medios, recurriendo a las romerías locales, organizadas por arciprestazgos, para al menos mantener viva la llama.

El anterior proyecto, que en el s. XX consigue adquirir un ámbito nacional, se desbarata también en lo que respecta al peregrinaje tradicional a pie, y el Nacionalcatolicismo manipula de nuevo el sentido de la peregrinación compostelana, convirtiéndola en una manifestación de fe centrada en la meta, donde lo menos importante es el Camino, el desplazamiento, quedando las antiguas rutas a pie prácticamente olvidadas. Así hasta que en los años 50 del s. XX los extranjeros, no los nacionales, redescubren en el ámbito de crisis intelectual y social generado en la Posguerra europea, el valor de la peregrinación, y la Sociedad de Amigos del Camino de París es fundada en 1950 tras la experiencia de unos pioneros entre los que destaca el marqués René de La Coste-Messelière, alma mater de estos tímidos primeros pasos.

La primera asociación española, que es la de Estella-Lizarra, con la implicación de Paco Beruete o Eusebio Goicoechea desde los años 60, desde 1973, año de su registro como tal, profundiza en el estudio de la peregrinación jacobea a través de las Semanas Medievales de Estella, con la mirada siempre puesta en los siglos XI y XII, entendidos como la “época dorada” que algún día debería revivir.

Este mismo espíritu historicista y romántico, con el Codex Calixtinus como principal referente, es el que anima a Elías Valiña Sampedro, hombre incomprendido en su época, cuando concibe la gran epopeya de revitalizar la peregrinación a pie por el Camino Francés: no desde Sarria, donde había nacido –concretamente en Lier-, tampoco desde Galicia, pese a ser el párroco de Santa María de O Cebreiro, articulando la ruta más próxima a Compostela para que poco a poco se vayan sumando otros tramos, sino entendiendo desde un inicio el Camino en su sentido primigenio, como un todo. Es así como, con la colaboración de diferentes personas a lo largo de la ruta, se puso manos a la obra para recuperar y señalar con flechas amarillas el itinerario mayor, mejor



conocido y documentado, el Camino Francés, desde el Pirineo hasta Compostela, y siempre en conexión con los franceses, que harían lo propio con sus cuatro grandes rutas históricas, las mencionadas en la célebre guía del libro V del Calixtino (Tours, Vézelay, Le Puy y Arles).

De este modo es como ha renacido, en los años 70 y 80 de la pasada centuria, y con el máximo respeto a la historia y la tradición, el Camino Francés, y tras él la experiencia ha sido trasladada a los restantes itinerarios históricos. Se puede considerar un proceso modélico, realizado desinteresadamente desde abajo hacia arriba, sin interferencias de intereses espurios, con el apoyo y la implicación generosa y altruista de las asociaciones de Amigos del Camino de Santiago, que se fueron multiplicando desde los años 80, hasta alcanzar su primer gran logro en el I Congreso Internacional de Asociaciones de Jaca (1987), presidido por Elías Valiña como Comisario del Camino, cargo que ostentaba desde dos años antes. Se establece entonces una nueva credencial, a partir del prototipo historicista de Estella, para que sirva como salvoconducto a los peregrinos contemporáneos, permitiéndoles el uso de los alojamientos a ellos destinados, pero aún entonces sin haberse fijado ninguna distancia para obtener la Compostela en la catedral.

DEL XACOBEO AL PRESENTE

Llegamos así a 1993, Año Santo, en el que la Xunta inventa el “Xacobeo” como marca promocional laica y paralela a la celebración religiosa, al tiempo que desarrolla campañas publicitarias cuyo lema principal, “Todos al Camino”, es una declaración de principios del objetivo fundamental que se persigue: convertir al Camino de Santiago en una gran marca cultural y turística para Galicia, y obtener el máximo beneficio de un fenómeno cargado de posibilidades para el desarrollo de la comunidad. Es en este momento cuando se fija, en consonancia con aquel lema y para facilitar y estimular al máximo la peregrinación, aún incipiente, la exigencia lasa de los 100 km para obtener la Compostela.

El “Todos al Camino” y los 100 km, pese a la buena intención de una evidente medida de estímulo en una fase inicial, apoyada en Galicia por la construcción de una red pública de albergues gratuitos, enseguida comenzaron a generar tensiones con el plan hasta entonces desarrollado por Valiña, fallecido en el invierno de 1989, y sus seguidores, presentes en las asociaciones jacobeanas españolas y, cada vez con mayor peso y dinamismo, también en las extranjeras. La distancia mínima, que encajaba perfectamente en los planes de la Xunta de Galicia para “galleguizar” el Camino, o sea, para sacar el máximo rédito de la peregrinación en Galicia, acabó generando una mala lectura de lo que había sido el Camino de Santiago, una distorsión que hoy en día, por ser



imparable, amenaza con desvirtuar y banalizar por completo el sentido tradicional de la peregrinación compostelana, por muchos entendida, únicamente, como un recorrido de cuatro o cinco etapas en Galicia. Esta visión reduccionista es antagónica con el sentido histórico de la gran peregrinación compostelana.

A la anterior distorsión tiene contribuido la progresiva y preocupante transformación del Camino en un producto turístico, y la irrupción, poco respetuosa por el sentido tradicional, de turoperadores y agencias de turismo que ofrecen paquetes en los que la credencial, y la Compostela, no son más que parte del marketing, un título destinado a reconocer y premiar el esfuerzo de turistas y senderistas que caminan cuatro o cinco días por las últimas etapas del Camino sin el más mínimo espíritu peregrino, pero que utilizan y copan la red de albergues de bajo coste destinada a los peregrinos. La consecuencia de este proceder es la misma que ya han padecido otros muchos enclaves turísticos reconocidos por su relevante patrimonio cultural: la progresiva conversión del objeto, monumento, conjunto histórico o itinerario cultural en un espacio temático, sometido a la presión del turismo de masas y convertido en producto descafeinado, sin la carga de pesados ropajes eruditos o literarios, apto para el rápido e inconsistente consumo del nuevo viajero analfabeto, incapaz de profundizar lo más mínimo en el valor de una experiencia que no se puede reconocer, y mucho menos aún disfrutar, si no es con preparación y tiempo. Por otra parte, pierden fuerza los valores del Camino que constituyen un patrimonio igualmente precioso, el inmaterial, que otorga su razón de ser al itinerario físico y monumental, y sin el cual todo pasa a ser un mero escenario arqueológico.

Es así como, en los últimos años, el número de peregrinos procedentes de Sarria, Tui, Lugo, Ourense, Ferrol y otros lugares a poco más de los 100 km exigidos para obtener la Compostela, ha ido creciendo continuamente según los datos ofrecidos por la Oficina de Peregrinación de la catedral de Santiago, aunque la cifra de los “peregrinos” de corto recorrido es, según las encuestas y proyecciones elaboradas por el Observatorio del Camino de Santiago de la USC, mucho mayor. Tanto es así que de los más de 260.000 peregrinos registrados en 2015, habría que sumar otros tantos no registrados por la oficina catedralicia, pero que han estado en el Camino sin llegar a la meta (peregrinación a plazos) o no han recogido la Compostela por falta de tiempo, interés o conocimiento. Muchos de éstos “peregrinos” no registrados responderían al perfil del turista o senderista de bajo coste.

De acuerdo con las cifras referidas a 2015, de los 262.516 peregrinos que recogieron la Compostela, el 90,19% llegaron a pie, y más de la cuarta parte partieron de Sarria (un 25,68%, más del doble que desde St-Jean-Pied-de-



Port); otro 5,25% lo hizo desde Tui, un 3,94% de O Cebreiro (a 151 km), el 3,31% de Ferrol, el 2,17% de Valença do Minho, un 1,17% de Lugo, un 1,09% de Ourense, el 0,84% de Triacastela y el 0,57% de Samos, por citar los principales puntos próximos de partida. Sumando a los usuarios del corto recorrido, alcanzamos un 44,02%, prácticamente la mitad del total y cada año ascendiendo. Si a esta cifra sumamos los que llegan desde puntos que distan menos de 300 km de Compostela, ya superamos el 50% de los peregrinos computados.

Por lo tanto, estamos ante la disyuntiva de mantenernos inactivos ante esta dinámica, sólo tímidamente frenada por el espíritu de las asociaciones y peregrinos extranjeros, que son los que mejor están interpretando en el presente el sentido tradicional de la peregrinación concebida como experiencia de largo recorrido, y sucumbir ante los intereses cortoplacistas de políticos, promotores y agencias que sólo buscan un beneficio inmediato, o resistirnos para intentar modificarla, reconduciendo el Camino a su sentido primigenio como una aventura que nada tiene que ver con el turismo, provista de valores como el esfuerzo, la trascendencia, la búsqueda, la reflexión, el encuentro con los demás, la solidaridad, el ecumenismo o la espiritualidad, todo ello orientado hacia una meta lejana que otorga un sentido pleno a la experiencia.

Ante la objeción que algunos hacen, señalando que en otro tiempo cada peregrino partía de su propia casa, se debe argumentar, con el peso de la documentación y de la historia, que Compostela nunca fue un lugar de devoción para los gallegos, que tenían sus propios santuarios y romerías, y que ni siquiera tuvo una gran relevancia, salvo en determinadas épocas y por motivos ajenos a su mensaje original, para los españoles, siendo la mayoría de peregrinos foráneos.

La propuesta de la Fraternidad, relativa a la modificación de la normativa para la entrega de la Compostela por parte del Cabildo de la Iglesia de Santiago, no pretende resolver de un plumazo la problemática antes expuesta y las consecuencias que todos conocemos, entre ellas la masificación de los últimos tramos o el choque entre dos modos opuestos de entender la peregrinación, pero si pretende, también en el plano simbólico, establecer una nueva forma de entender el Camino que, en suma, entronque sin estridencias con la tradición de los once siglos precedentes.

1. Pretendemos, en primer lugar, **dignificar la propia Compostela**, hoy en día convertida en un certificado cada vez más devaluado, por ser concedido sin exigir un gran esfuerzo a cambio, y por haber entrado en los circuitos comerciales como un premio o regalo entregado en muchos



casos a quienes contratan un paquete del Camino de Santiago, sin connotaciones religiosas o al menos espirituales.

2. Porque, así como durante el renacimiento contemporáneo del Camino se ha hecho todo lo posible por recuperar y proteger las vías históricas de peregrinación, declaradas como Bien de Interés Cultural por su valor patrimonial, otro tanto se debería hacer con el propio ejercicio o praxis de la peregrinación jacobea, en el ámbito del **patrimonio inmaterial**, para no desfigurar el sentido de la experiencia, aún vivo entre un gran número de peregrinos, en aras de cambios de mentalidades o concesiones a inevitables dictaduras de la modernidad.
3. Porque entender la peregrinación compostelana como un **fenómeno meramente gallego**, además de falsificar la historia resulta pacato y corto de miras, así como un manifiesto desprecio a las comunidades vecinas de Asturias y Castilla y León, o a Portugal, todos los cuales se han esforzado en documentar, recuperar, señalar y revitalizar sus itinerarios históricos para que también a través de ellos renazca la peregrinación. El ninguneo sería extensivo a comunidades y países más alejados, pues el Camino debe ser entendido como un todo, no segmentado en porciones autónomas e inconexas, y menos aún monopolizado por el entorno inmediato de la meta o, incluso en planteamientos aún más aberrantes, concebido como un Camino sin meta, algo que está sucediendo en Francia o con itinerarios menores que confluyen en otro troncal (p.ej. Camino Aragonés, Camino del Baztán, del Túnel de San Adrián, etc), vendidos como “caminos jacobeos” con sentido en si mismos.
4. **El ámbito de los 300 km** no surge como un capricho aleatorio, y ni siquiera como una cifra inamovible, sino que nos remite al origen viario de las rutas de peregrinación, a partir de lo que hoy denominamos como **Camino Primitivo**, primer itinerario desde la corte ovetense –centro a su vez de peregrinación con el Arca Santa- y el Locus Sancti Iacobi, una distancia de 319 km desde Oviedo. Al mismo tiempo, la distancia encaja también en el posterior traslado, a partir del s. X, del principal eje viario por el que llegarán los peregrinos del Camino Francés, quedando establecido en **León** ese límite (311 km), por haberse allí trasladado la corte, primero por el rey García, confirmada por Ordoño II, a la ciudad, cabeza del desde entonces reino que toma su nombre. Otras plazas vinculadas con la peregrinación también encajan en el ámbito de esta distancia, así **Avilés** (320 km), principal puerto medieval de Asturias, en el que desembarcaron peregrinos; **Zamora** (377 km) en la Vía de la



Plata, **Porto** (280 km) en el Camino Portugués Central, o la ciudad episcopal de **Lamego** (290 km), en el Camino Portugués del Interior.

5. El argumento de un hecho histórico (el triángulo originario de la configuración del Camino Francés), que está en la base de nuestra propuesta, no debe ser por lo tanto trasladado a una cifra exacta, sino a un **razonable ámbito de media distancia** para la peregrinación tradicional a pie, en bicicleta o a caballo, en el entorno de los 300 km, que en vez de fijar una nueva convención sin base, ponga en el punto de mira la realidad de los diferentes itinerarios jacobeos de largo recorrido. De este modo damos también respuesta a las necesidades de los peregrinos contemporáneos, procedentes de cualquier parte del mundo y precisados, por lo tanto, de poblaciones bien comunicadas para la aproximación al Camino. Y todas las localidades referidas en el punto anterior cumplen con esta premisa de fácil accesibilidad.
6. El cambio de distancia no pretende excluir a los peregrinos incapacitados de caminar más de 100 km, objeción que suele ponerse al aumento, ya que el valor de la Compostela nada tiene que ver hoy por hoy con la motivación religiosa ni con las indulgencias jubilares del Año Santo. Además, resulta evidente que se puede hacer el **Camino por tramos** en diferentes períodos temporales, o muy lentamente, lo que es perfectamente válido para la obtención de la Compostela.
7. Porque hasta ahora el intento de desviar a los peregrinos a otros **caminos alternativos a los masificados**, que son el Camino Francés y el Camino Portugués, no ha tenido el éxito que pretendía la administración autonómica, y sigue habiendo problemas graves de falta de plazas en las últimas etapas gallegas, sobre todo desde O Cebreiro y Tui a Compostela, generando graves problemas de acogida para los ayuntamientos en determinadas épocas del año.
8. Porque incluso pretendiendo justificar el intento de la administración gallega de apropiarse del Camino de Santiago al amparo del límite de los 100 km, entendiéndolo como una experiencia únicamente gallega de corto recorrido, se han quedado **fuera grandes áreas de la propia Galicia**, en el Camino Francés Samos, Triacastela u O Cebreiro; en el Primitivo Castroverde, Baleira y A Fonsagrada; en el Norte Ribadeo, Lourenzá, Mondoñedo, Abadín y Vilalba; y en el Sanabrés toda la provincia de Ourense al este de la capital, así Allariz, Xinzo, Verín, A Gudiña, etc. La presente situación constituye todo un agravio comparativo para los ciudadanos de una misma comunidad a los que debe prestar el mismo servicio la administración autonómica.



9. Porque de este modo se suavizará el **mal ambiente existente entre peregrinos de largo y corto recorrido**, y se restarán argumentos a quienes pretenden convertir las últimas etapas del Camino en un puro negocio turístico.

10. Se pretende, por razones históricas y de kilometraje, establecer ciertas excepciones a este límite del ámbito de los 300 km en el Camino Inglés, plenamente documentado, sobre todo durante la Baja Edad Media, tanto desde Ferrol (120 km) como desde A Coruña (75 km), que fue el principal puerto receptor de peregrinos embarcados y en la actualidad es el punto de partida más marginado de todos los itinerarios. Por último, otra salvedad lógica tiene que ver con los **peregrinos discapacitados**, para los que en razón al sobre-esfuerzo de su experiencia se debería mantener el límite de los 100 km.

La solicitud de ampliar al ámbito de los 300 km el límite mínimo para la obtención de la Compostela debe ser entendida como una pieza, importante pero no exclusiva, de una propuesta global más ambiciosa. Este planteamiento de la Fraternidad también incluiría una nueva forma de gestionar los albergues públicos, que tras haber cumplido un papel crucial en la promoción y popularización del Camino, deberían entrar en una nueva fase, dando preferencia a los peregrinos de largo recorrido, y dejar de prestar servicio a intereses comerciales que se benefician de esta red para lucrarse. Otra solicitud que forma parte del mismo plan atañe a la propia concepción global del Camino de Santiago desde la administración, que no debe seguir concibiendo la peregrinación como un producto eminentemente turístico o una experiencia light, por lo que urge que su gestión y promoción sea separada de los departamentos de Turismo para devolverla a los de Cultura y Patrimonio.

Entendemos que sólo así, entendiendo el Camino en su dimensión original a partir del Medievo, como una gran experiencia peregrinatoria de largo recorrido, podremos modificar la actual dinámica, un ciclo que a través de la falsificación de su sentido, en aras de intereses pecuniarios, conduce sin remedio a una ruptura total con la tradición. Los agentes que trabajan a pie de ruta, desde asociaciones y albergues a la propia catedral compostelana y las administraciones, son responsables directos de evitar que se consume este proceso. Y nuestra pretensión no parte, en absoluto, de posiciones románticas ni, mucho menos, reaccionarias, sino de respeto y entronque con una tradición milenaria que algunos, por puro oportunismo cortoplacista e intereses meramente económicos, pretenden desvirtuar sin valorar las consecuencias de su actuación que consistiría, en suma, en destruir a



medio plazo los valores y, si se nos permite esta expresión, la magia, del Camino de Santiago.

Antón Pombo, Fraternidad Internacional del Camino de Santiago.
Sarria, 12 de marzo de 2016